

# La princesa ingeniosa

Usted misma compone bellas novelas; su estilo es tan fluido y puro, y hay tal agrado y naturalidad en sus versos, que han despertado en mí un fuerte deseo de escribirle una historieta, aunque no sé si merecerá su aprobación. Asumiré el aspecto de un ciudadano noble. —No quiero narrar ni en verso ni en prosa; no desenterraré palabras pomposas; en una palabra, deseo escribir un relato sin adornos alguno y buscar únicamente la enseñanza moral.

Mi relato ofrece bastantes ejemplos para ello, y por eso espero que le sea agradable. Se basa en dos proverbios en lugar de uno; tal es la costumbre hoy día, y con gusto me adapto a las costumbres del siglo presente. Verá usted que nuestros antepasados quisieron expresar con este proverbio: la ociosidad es madre de los vicios; sin duda también le agradará el otro modo de demostración que obliga a estar siempre prevenido, o, hablando en su lenguaje: que la desconfianza es madre de la seguridad.

Durante las cruzadas, un rey de cierto estado europeo tomó la determinación de viajar a Palestina y combatir contra los infieles; pero antes de emprender tan largo camino, arregló tan bien los asuntos de su reino y confió el gobierno a un ministro tan hábil, que por ese lado estaba completamente tranquilo. Sin embargo, le preocupaban enormemente los asuntos familiares: la reina, su esposa, había fallecido poco tiempo atrás, dejando tras de sí tres hijas, todas ellas ya en edad de casarse. En mis crónicas no se mencionan sus nombres; solo sé que en aquellos tiempos felices el pueblo daba sencillamente nombres a las personas distinguidas, atendiendo a sus buenas o malas cualidades; por eso llamaron a la mayor Nonchalante o la Descuidada, a la segunda Babillarde o la Charlatana, y a la tercera Finette o la Ingeniosa; estos nombres correspondían perfectamente al carácter y las propiedades de las tres hermanas.

Rara vez puede hallarse una joven tan descuidada como lo era Nonchalante. Cada día no se despertaba hasta la una de la tarde; la llevaban a la iglesia envuelta en su bata de dormir, con el cabello sin peinar, el vestido sin abrochar, el cinturón roto, y muy a menudo calzaba zapatillas diferentes; durante el día intentaba corregir este desorden, pero nunca se quitaba las zapatillas de los pies, diciendo que los zapatos le apretaban horriblemente. Después de comer, se sentaba ante su tocador y permanecía allí hasta la noche; el resto del tiempo lo pasaba jugando, y luego se sentaba a cenar. Al acostarse, necesitaba tanto tiempo para desnudarse como para vestirse, y por eso siempre se dormía al amanecer.

Babillarde llevaba una vida completamente opuesta. Esta princesa era viva, ágil y dedicaba poco tiempo a sus atavíos; pero tenía un deseo tan intenso de hablar, que desde la mañana hasta la noche más profunda su boca no se cerraba. Lo sabía todo acerca de lo que ocurría en la corte: relaciones amorosas, galanteos no solo de las personas nobles que servían en palacio, sino incluso de lacayos, cocineros, fogoneros y todos los trabajadores. Sabía exactamente cuánto habían regalado a la doncella de tal condesa y cuánto había robado el mayordomo de tal marqués. Todas estas noticias se las contaba su nodriza y su costurera, a quienes escuchaba con mucho más placer que el discurso de cualquier embajador. Estas hermosas historias las relataba sin descanso a todos, comenzando por el rey, su padre, hasta el último lacayo, y de este modo se veía obligada a contar cada una de ellas cien veces al día.

Esta charlatanería produjo consecuencias muy malas, a pesar del alto linaje de la princesa; tal trato amistoso dio ánimo a algunos caballeros de la corte para prodigarle declaraciones de amor. Babillarde escuchaba de buen grado sus apasionadas expresiones simplemente para tener el placer de responder; costase lo que costase, ella necesariamente debía escuchar o hablar desde la mañana hasta la noche; Babillarde, al igual que Nonchalante, nunca tuvo la costumbre de pensar, ni de razonar, ni de leer, y mucho menos de ocuparse en labores femeninas; en una palabra, estas dos hermanas, llevando siempre una vida ociosa y habiendo alcanzado casi la edad perfecta, carecían de todo conocimiento.

La hermana menor, Finette, era de carácter completamente distinto: ponía todo su empeño en cultivar su entendimiento, en cantar y en tocar muchos instrumentos; con admirable destreza logró perfeccionarse en todas las labores propias del sexo femenino; estableció el orden en el palacio y no permitía que los cortesanos robasen a su padre, pues en aquel tiempo esto era habitual.

Pero sus dotes no se limitaban solo a eso: era extremadamente juiciosa y poseía una presencia de ánimo tan maravillosa, que inmediatamente encontraba medios para salir de la situación más difícil. Esta joven princesa, mediante su gran perspicacia, descubrió una peligrosa red que el embajador de un soberano vecino había tendido al rey, su padre, en un tratado que este ya estaba a punto de firmar. Con la intención de castigar la perfidia del embajador y de su soberano, el rey cambió un artículo del tratado siguiendo el consejo de su hija y, de este modo, engañó a su vez al propio engañador. Finette descubrió también una acción artera de un ministro que quería engañar al rey; dando un consejo prudente a su padre, la princesa hizo que la traición de ese hombre se volviera contra él mismo; además, en muchos otros casos mostró su perspicacia y agudeza mental, por lo cual el pueblo la llamó Finette. El rey, amándola más que a sus hermanas mayores,

confiaba tanto en su prudencia que, si no hubiera tenido otras hijas, sin duda alguna habría emprendido el viaje proyectado; pero por desgracia, estaba tan inseguro del comportamiento de sus hijas mayores como seguro estaba de Finette. De este modo, deseando librarse de la tristeza respecto a la conducta de sus hijas, adoptó las siguientes medidas.

¡Encantadora condesa! Sin duda ha oído usted cientos de veces acerca del poder maravilloso de las hechiceras. El rey mantenía una gran amistad con una de estas mujeres hábiles. Acudiendo a ella, le explicó cuán profundamente le inquietaba el destino de sus dos hijas mayores. No es, dijo el rey, que ellas fueran a hacer algo contrario a su deber en algún momento, pero son tan necias, tan imprudentes y descuidadas, que temo que, durante mi ausencia, por diversión o por ociosidad, se les ocurra ocuparse en algo indecoroso; en cuanto a Finette, aunque estoy seguro de su virtud, para no dar ventaja a ninguna de mis hijas, tengo la intención de proceder con ella del mismo modo que con sus hermanas mayores: por ello te ruego, buena amiga mía, que hagas para ellas tres husos de vidrio, que tengan la propiedad de que, si alguna de mis hijas hace algo contrario al decoro, el huso que le pertenezca se haga añicos.

Como esta hechicera era de las más expertas, cumplió inmediatamente el deseo del rey y fabricó tres husos mágicos, adornados de manera превосходнейшей; pero Su Majestad no quedó satisfecho con esta precaución. Tras llevar a las princesas a una alta torre, construida en un lugar remoto y solitario lejos de la capital, les dijo: Os mando vivir en esta torre hasta el día de mi regreso y os prohibo expresamente recibir a persona alguna. Despidiendo a todos sus servidores y sirvientas, entregó a cada una de ellas un huso mágico, explicándole su propiedad; luego, tras despedirse de las princesas, cerró las puertas de la torre y, llevándose las llaves, partió de viaje.

Acaso alguien piense que las princesas, encerradas sin servidores, corrían el peligro de morir de hambre? En absoluto. En una de las ventanas de la torre se había instalado de antemano una polea con una cuerda, a la cual las princesas ataban una cesta que cada día bajaban; en esta cesta colocaban diversos manjares y bebidas para ellas, y cuando la subían, inmediatamente desataban la cuerda.

Nonchalante y Babillarde caían en la desesperación ante aquella vida solitaria; se aburrían hasta un punto imposible de describir; pero ¿qué hacer? Había que soportarlo; además, los insoportables husos mágicos las asustaban tanto, que las princesas temían constantemente que, no solo por alguna acción indecorosa, sino incluso por un mal pensamiento, se rompieran.

En cuanto a Finette, ella no se aburría en absoluto. La costura, la música y la lectura le proporcionaban continuamente nuevos placeres, y además

Por orden del ministro, gobernante del estado, diariamente colocaban en una cesta cartas que contenían tanto sucesos internos del reino como noticias extranjeras; el rey lo había permitido al partir, y el ministro, deseando ganar el favor de las princesas, cumplía con toda exactitud su mandato. Fineta, por así decirlo, devoraba ávidamente estas noticias; en cuanto a sus hermanas trabajadoras, consideraban indigno ocuparse leyendo esos retazos, diciendo que era aburrido cargarse con tales bagatelas y que el ministro haría mucho mejor si les enviara naipes para distraerse.

De este modo, llevando una vida triste, se quejaban de su destino, y creo que repetían no pocas veces el refrán: no nazcas rico, nace dichoso; permanecían sin cesar junto a las ventanas para ver, al menos, qué ocurría en el campo. Un día, mientras Fineta estaba ocupada en su habitación con su labor, sus hermanas, sentadas junto a la ventana, vieron abajo, junto a la torre, a una pobre mujer vestida con harapos que, con voz lastimera, imploraba su ayuda; con las manos entrelazadas y lágrimas en los ojos, pedía permiso para entrar en la torre, alegando que era una desdichada extranjera, conocía muchos oficios y les serviría con la mayor diligencia. Al principio las princesas recordaron la orden de su padre de no dejar entrar a nadie en la torre, pero a la princesa Nonchalante le hastiaba tanto servirse a sí misma, y la lengua de Babilliarde sufría tanto por no tener con quién hablar salvo con sus hermanas, que sin demora alguna decidieron aceptar a aquella pobre mujer: Nonchalante, porque habría quien la vistiera, y Babilliarde, con la esperanza de que se añadiera una persona más con quien pudiera hablar sin cesar.

¿Acaso crees, dijo Babilliarde a su hermana, que la orden del rey, nuestro padre, se extiende también a esta desdichada mujer? Creo que podemos recibirla sin ningún peligro para nosotras. —Haz lo que quieras, hermanita, respondió Nonchalante. Babilliarde, esperando solo su consentimiento, bajó inmediatamente la cesta. La pobre mujer se sentó en ella, y las princesas, ayudándose de una polea, la izaron suavemente.

Tan pronto como esta mujer salió de la cestilla, la horrible suciedad de sus vestidos despertó una fuerte repugnancia en las princesas; quisieron darle otro vestido, pero la mendiga dijo que lo cambiaría al día siguiente y que por ahora comenzaría su servicio. Apenas hubo dejado de hablar, Fineta salió de su habitación y vio con asombro a una mujer desconocida conversando con sus hermanas. Ellas le contaron cómo habían introducido a aquella mujer, y Fineta, viendo que el hecho estaba consumado, ocultó su desagrado. Después, la nueva sirvienta recorrió todas

las habitaciones bajo pretexto de servir, pero en realidad para conocer su distribución. Creo que el lector ya sospecha que en aquella pobre mujer se ocultaba algo sobrenatural.

Pero para no dejaros por más tiempo en la incertidumbre, diré en una palabra que aquella criatura cubierta de harapos no era otra que el hijo de un poderoso monarca, vecino del rey, padre de las princesas. Este joven príncipe, siendo el hombre más astuto de su tiempo, gobernaba completamente a su padre; por lo demás, ni siquiera necesitaba emplear astucia, pues el rey, su padre, era de carácter tan apacible y bondadoso que lo llamaban Moul el Manso; en cuanto al príncipe, debido a su astucia y perfidia, todos lo llamaban Riche-Cautel o Rico en Astucia; tenía además un hermano menor, tan bueno y honesto como Riche-Cautel era astuto y malvado. Con todo, a pesar de la diferencia de caracteres, se amaban tanto y vivían en tal concordia que todos se maravillaban extremadamente.

Además de las excelentes cualidades de su alma, el príncipe menor poseía una belleza perfecta; la gracia de su rostro y su esbelto porte le valieron de todos el nombre de Beauvoir o el Hermoso; cabe añadir también que las redes tendidas al padre de Fineta por el embajador del rey vecino, como antes mencioné, redes que ella supo volver tan hábilmente en su perjuicio, no eran otra cosa que los designios de Riche-Cautel. Al ver el fracaso de sus intenciones, odió a los padres de las princesas, y hacia ellas sintió aún mayor odio; al enterarse de las medidas adoptadas respecto a sus hijas, concibió el infame propósito de reducir a nada la precaución del padre suspicaz. Hallando un pretexto para viajar, Riche-Cautel obtuvo el permiso del rey, su padre, y empleó los medios ya conocidos por nosotros para entrar en la torre.

Tras examinar la disposición de la torre, Riche-Cautel advirtió que las princesas podrían fácilmente llamar en ayuda a transeúntes, por lo cual juzgó conveniente permanecer hasta la noche con su vestido de mendigo, pues durante el día, al notar su artimaña, podrían llamar gente y castigarlo por su osadía; y por eso rechazó cambiar de vestido. Por la noche, cuando las hermanas se sentaron a cenar, Riche-Cautel se quitó los harapos que lo cubrían y quedó ataviado con un rico traje de caballero, adornado con diversas piedras preciosas. Las pobres princesas, al verlo, quedaron tan sorprendidas que en el mismo instante saltaron de la mesa y echaron a correr; Fineta y Babilliarde, siendo más ágiles, llegaron inmediatamente a sus habitaciones, mientras que a Nonchalante, que apenas podía mover las piernas, el príncipe la alcanzó al momento.

Arrojándose a sus pies y revelando su identidad, Riche-Cautel dijo que la fama de su belleza y el retrato de la princesa que había visto lo habían obligado a abandonar la corte de su padre y, al encontrarse con ella, a declararle su amor

apasionado. Nonchalante, al principio, quedó tan asustada que no pudo responder ni una palabra al príncipe, quien permanecía aún de rodillas, murmurando palabras tiernas y prodigando cerca de mil juramentos de eterna fidelidad; con ardor la conjuró para que desde ese mismo instante lo considerara su esposo. La princesa, siendo por naturaleza de corazón blando y confiada, sin reflexionar debidamente, dijo a Riche-Cautel que creía en sus juramentos y aceptaba su propuesta. El matrimonio fue celebrado en el acto, sin más ceremonias, y el huso mágico se hizo añicos.

Mientras tanto, Babilliarde y Fineta se hallaban en terrible inquietud. Cada una corrió a su habitación y se encerró. Sus habitaciones estaban bastante distantes una de otra, y por ello, ninguna, ignorando completamente la suerte de las otras, cerró los ojos en toda la noche. Al día siguiente, el pérfido príncipe llevó a Nonchalante a una sala baja situada al extremo del jardín. Allí la princesa dijo a Riche-Cautel que estaba extremadamente preocupada por la suerte de sus hermanas, aunque interiormente temía mostrarse ante ellas, por miedo a los reproches por haber contraído matrimonio. El príncipe respondió que no había motivo para preocuparse y aseguró que las hermanas aprobarían aquel matrimonio. Tras conversar unos minutos más, salió, encerró a Nonchalante sin que ella lo notara, y fue a buscar las habitaciones de las otras hermanas. Durante algún tiempo caminó sin éxito alguno en su intento y no pudo saber en qué habitaciones se habían encerrado; pero como el miedo no había extinguido en lo más mínimo en Babilliarde el deseo de hablar, ella, sentada en su habitación, conversaba consigo misma. El príncipe, al oír la voz, se acercó a la puerta y la vio a través de la cerradura; Riche-Cautel llamó a la puerta y comenzó a canturrearle lo mismo que había dicho a su hermana: que, precisamente para ofrecerle su mano y su corazón, había tenido la audacia de entrar en la torre; exaltó hasta los cielos su belleza y su ingenio. Babilliarde, estando completamente convencida de poseer todos los méritos que el príncipe describía, comenzó a balbucear y habló sin cesar durante media hora entera, a pesar de no haber comido casi nada en veinticuatro horas, pues en su habitación no había ni un pedazo de pan. Siendo extremadamente perezosa, en nada pensaba tanto como en charlar, y si llegaba a necesitar algo, se lo pedía a Fineta. Esta amable princesa era tan laboriosa y previsora como perezosas y descuidadas eran sus hermanas; su habitación abundaba en todo momento en manjares, pasteles y confituras de diversas clases, que ella misma preparaba; Babilliarde, como ya he mencionado, al no tener en su habitación ni un pedazo de pan y sintiendo un hambre intensa, además de oír las más tiernas protestas del príncipe, abrió la puerta al seductor, quien también hábilmente, como antes, representó ante ella el papel aprendido de antemano.

Después salieron ambos de la habitación y fueron a la despensa, donde siempre tenían listas provisiones y alimentos, pues la comida que les llevaban en la cesta era mucha para ellas.

Babilliarde primero se preocupó por sus hermanas, pero de repente le vino a la mente, no sé por qué, que seguramente ambas se habían encerrado en la habitación de Finette, donde nada faltaba; Riche-Cotel empleó todas sus fuerzas para confirmarla en tal opinión y dijo que por la noche iría donde las princesas; pero Babilliarde repetía sin cesar que había que ir inmediatamente después de la comida.

Luego Riche-Cotel y la princesa se sentaron y comieron; al terminar la comida, el príncipe pidió a Babilliarde que le mostrara los mejores aposentos de la torre; él le ofreció su brazo y la princesa lo condujo al salón de los sofás; una vez allí, comenzó de nuevo a declararle su amor, demostrando con elocuencia que ella obtendría grandes ventajas de tal matrimonio; además le dijo, igual que a Nonchalante, que debía convertirse en su esposa antes de ver a sus hermanas, alegando como razón que ellas podrían impedirselo. Y puesto que yo, continuó el príncipe, soy hijo del monarca más poderoso, vuestra hermana mayor dirá que le corresponde casarse antes que a vos, y seguramente no consentirá nuestro matrimonio, que yo deseo tan impacientemente. Babilliarde, seducida por las expresiones halagüeñas del astuto Riche-Cotel, resolvió convertirse en su esposa, sin reflexionar debidamente ni sobre la imprudencia de su proceder, ni sobre el huso mágico, que en ese mismo instante se hizo añicos.

Babilliarde regresó ya por la noche con el príncipe a su habitación, y el primer objeto que hirió sus ojos fue el huso hecho pedazos; cayó en tal estupor que el príncipe se vio obligado varias veces a preguntarle la causa de tal asombro; recuperándose un poco del terror, contó inmediatamente a Riche-Cotel la naturaleza del huso mágico, y el pérfido príncipe sintió un malvado placer al saber que el padre de las princesas quedaría completamente convencido de la mala conducta de sus hijas.

Inmediatamente Babilliarde sintió deseos de buscar a sus hermanas; ahora temía con razón que ellas no aprobaran su proceder; pero el príncipe se ofreció voluntariamente a ir donde ellas, asegurando que emplearía todos los medios para obtener su consentimiento para el matrimonio.

Tal afirmación calmó algo a Babilliarde, y como no había dormido en veinticuatro horas, pronto se durmió; Riche-Cotel, con la intención de tratar a esta princesa igual que a Nonchalante, salió sigilosamente de la habitación y cerró la puerta.

¿No es cierto, querida condesa, que este Riche-Cotel fue un gran villano, y las princesas unas doncellas débiles e imprudentes? Estoy tan indignado contra ellas que, si estuviera en mi mano, las castigaría severamente; sé que vos también estáis enfadada, pero estad tranquila; nadie quedará sin castigo.

El triunfo estaba reservado para la inteligente y decidida Finette.

Cuando el pérfido Riche-Cotel encerró a Babilliarde, recorrió todas las habitaciones y, viendo que todas estaban abiertas, concluyó que en aquella que estaba cerrada por dentro se ocultaba Finette; por lo cual, preparando un discurso hábilmente tejido, llamó a la puerta y comenzó a decirle lo mismo que a sus hermanas: pero esta princesa, siendo más cautelosa que ellas, escuchó largo tiempo sin responder nada. Finalmente, viendo que Riche-Cotel sabía con certeza que ella se había encerrado en aquella habitación, Finette comenzó a hablar: si es realmente cierto que me amáis apasionadamente, como decís, os ruego encarecidamente que salgáis al jardín, donde podré hablar con vos desde la ventana. Riche-Cotel no aceptó esta propuesta; y como la princesa tampoco quería abrir la puerta, él, enfurecido, trajo un gran leño y, golpeando con él la puerta, entró en la habitación. Encontró a Finette armada con un gran martillo, que casualmente había quedado en el guardarropa de la princesa junto a su habitación; por la fuerte turbación, las mejillas de la princesa se cubrieron de rubor, y aunque sus ojos expresaban la mayor ira, pareció a Riche-Cotel mil veces más hermosa. Él quiso arrojarse a sus pies, pero ella, retrocediendo, dijo con orgullo: «Si os acercáis a mí, con este martillo os aplastaré la cabeza». —«¡Cómo, encantadora princesa!» —exclamó Riche-Cotel, cubriendo con voz halagüeña su furia—: «¿Acaso el verdadero amor merece tan horrible odio?» —y luego comenzó de nuevo a declarar, aunque permaneciendo a distancia, la violenta pasión que le había inspirado la fama extendida por todas partes de su belleza y extraordinario ingenio; añadió que únicamente para tener la dicha de ofrecerle con respeto su mano y su corazón se había disfrazado, y que ella debía atribuir a su amor más intenso el atrevimiento de haber destrozado la puerta. Al final, procuró convencer a Finette, igual que a sus hermanas, de que consistía tanto en su provecho como en el de ella el que lo reconociera cuanto antes como su esposo; después preguntó a la princesa dónde estaban sus hermanas, afirmando que no había visto a ninguna. Por lo demás, tampoco tuve necesidad alguna de buscarlas, Alteza, dijo; ocupado únicamente con vos, no pude pensar en nada más. —La ingeniosa princesa, fingiéndose ablandada, dijo: bien, príncipe, id, traed aquí a mis hermanas y hablaremos juntas, veremos si será posible aceptar vuestra propuesta. —¡Ah, no! respondió Riche-Cotel, de ningún modo me decidiré a ello, estando de antemano seguro de que vuestras hermanitas nunca consentirán nuestro matrimonio. Sé que, por derecho de primogenitura, se opondrán a esto. Finette, aunque ya antes

desconfiaba del pérfido príncipe, vio duplicadas sus sospechas con estas últimas palabras; tembló por la suerte de sus hermanas y, no dudando de su desgracia, resolvió vengarlas y, al mismo tiempo, librarse de semejante calamidad. Así pues, dijo a Riche-Cotel, consiento en casarme con vos; pero como sé que los matrimonios concertados por la noche no siempre son felices, os ruego que pospongáis la ceremonia nupcial hasta mañana por la mañana; os aseguro que no diré ni una palabra sobre esto a mis hermanitas; para vos prepararé en una habitación aparte una buena cama, incluso os doy mi palabra de honor de no salir de mi alcoba hasta mañana por la mañana. Riche-Cotel, que por naturaleza era algo cobarde, viendo que Finette no soltaba el martillo de sus manos, manejándolo como un abanico, Riche-Cotel, digo, consintió en cumplir el deseo de la princesa y se retiró para darle algún tiempo para reflexionar; apenas hubo salido, cuando Finette inmediatamente tendió la cama sobre la abertura del retrete, situado en una habitación cercana, que estaba tan limpia como las demás. Por esa abertura se vertía toda inmundicia; y como era bastante grande, Finette, colocando sobre ella varias varillas delgadas en cruz, puso un edredón y almohadas, cubrió con una sábana limpia y se retiró inmediatamente a su habitación. Un minuto después llegó Riche-Cotel, y la princesa, sosteniendo siempre el martillo en las manos, lo condujo a aquella habitación y luego se fue a la suya. Riche-Cotel, no habiendo dormido en veinticuatro horas, se arrojó con toda su ropa sobre la cama, pero apenas se hubo acostado, cuando de repente las varillas delgadas bajo el edredón se rompieron y él se precipitó en la abertura; no pudiendo sostenerse, cayó de cabeza y se golpeó con tanta fuerza que quedó completamente destrozado. La caída del príncipe se produjo con gran estruendo; además, esta habitación no estaba lejos de la de Finette; ella comprendió inmediatamente que su artimaña había tenido el éxito deseado. Es imposible describir el placer que sintió al oír cómo él se revolvía en la inmundicia. Riche-Cotel merecía este castigo y la princesa tenía razón para alegrarse. Después de esto, su primera preocupación fue buscar a sus hermanas; no le fue difícil encontrar a Babilliarde; Riche-Cotel, al encerrarla, había dejado la llave en la puerta; y como Finette entró apresuradamente en su habitación, ella despertó inmediatamente. Al ver a su hermana, Babilliarde se turbó; Finette le contó cómo se había liberado del engañador que había venido con la intención de deshonorarla. Esta noticia golpeó a Babilliarde como un rayo; a pesar de su locuacidad, al principio calló acerca de su matrimonio con Riche-Cotel y, ocultando su dolor en lo profundo de su alma, fue con Finette a buscar a Nonchalante; recorrieron todas las habitaciones y en ninguna la encontraron; finalmente, a Finette se le ocurrió mirar si estaba en la habitación del jardín. Efectivamente, la encontraron allí medio muerta de debilidad y desesperación, porque Nonchalante no había comido nada en todo aquel día. Las princesas, habiendo provisto todo lo necesario, comenzaron a relatar detalladamente lo que le había ocurrido a cada

una. Esta mutua explicación sumió a todas en una profunda tristeza. Tras lamentar su desgracia, se fueron descansar.

Ahora volvamos la atención a Rich-Cotel, quien pasó muy desagradablemente tanto aquella noche como el día siguiente. Cayó en un pozo al que nunca penetraba la luz del día, y por ello aún no podía ver toda su abominación. Sin embargo, Rich-Cotel encontró desde allí una salida hacia un canalón por donde fluían las inmundicias hacia el río, situado a considerable distancia de la torre; al divisar pescadores en sus barcas, comenzó a gritar pidiendo auxilio, y ellos, viéndolo en tan lamentable estado, lo sacaron.

Ordenó que lo llevaran al palacio del rey, su padre, para curar allí sus heridas. La desgracia ocurrida despertó en él un odio tan fuerte hacia Fineta, que pensaba menos en sanar que en vengarse.

Mientras tanto, nuestra ingeniosa princesa llevaba una vida extremadamente triste. La honra era para ella mil veces más preciada que la vida, y la conducta vergonzosa de sus hermanas la llevaban incluso a la desesperación; además, la debilidad de salud de Nonchalante y Babillarde, consecuencia de su matrimonio, afligía aún más a Fineta. Rich-Cotel, que siempre había sido el mayor de los embusteros, empleó todo su ingenio para vengarse. Ni la caída en aquel lugar inmundo, ni las heridas en la cabeza y en todo el cuerpo, nada le dolía tanto como el hecho de que una mujer lo hubiera superado en astucia; sabiendo que la consecuencia del doble matrimonio de sus hermanos serían los caprichos de las princesas, mandó colocar bajo las ventanas de su torre árboles cargados de los más hermosos frutos, plantados en grandes macetas. Nonchalante y Babillarde, sentadas frecuentemente junto a la ventana, pronto vieron esos frutos; les entraron tales ganas de comerlos, que comenzaron a rogar insistentemente a Fineta que bajara en una cesta para recogerlos, pues ninguna de ellas, debido a su enfermedad, podía hacerlo. La bondad de la amable princesa llegaba hasta tal punto, que accedió gustosa a cumplir el deseo de sus hermanas. Bajó en la cesta, recogió los frutos, los llevó, y las princesas los comieron con grandísimo placer.

Al día siguiente aparecieron frutos de otra clase; nueva súplica de las princesas; nueva complacencia de Fineta. Pero apenas hubo descendido, cuando los sirvientes de Rich-Cotel, que se habían ocultado y que la primera vez no lograron capturar a la princesa, la atraparon y la llevaron ante Rich-Cotel a la vista de sus hermanas, quienes, presa del espanto, se arrancaban los cabellos.

Los viles ejecutores de las infames órdenes del perverso príncipe condujeron a Fineta a una casa de campo donde vivía Rich-Cotel para recuperarse mejor de su

salud. Al ver a la princesa, no pudo ocultar su ira; le dijo multitude de cosas desagradables, a las cuales ella respondió con tanta noble firmeza y grandeza de alma como podía esperarse de una heroína como ella. Tras tener a Fineta varios días prisionera, Rich-Cotel ordenó que la llevaran a la cima de la montaña más alta, adonde él mismo llegó pocos minutos después. Allí declaró que debía morir en venganza por la ofensa cometida. Luego el pérfido príncipe mostró a Fineta un tonel en cuyo interior, clavadas en las paredes, había navajas y cuchillos, y alrededor, clavos hincados; dijo que, como castigo por la burla, la metería en ese tonel y lo haría rodar montaña abajo. Aunque Fineta no era romana, tampoco temió la tortura preparada, igual que antaño Régulo, quien se halló en circunstancias igualmente apremiantes. La joven princesa conservó toda la firmeza de alma y no perdió la presencia de espíritu. Rich-Cotel, en lugar de admirar su heroica intrepidez, se enfureció aún más y ansiaba ver cuanto antes su muerte. Con tal intención, deseando comprobar con sus propios ojos si había suficientes instrumentos mortíferos dentro del tonel, se inclinó hacia la abertura; Fineta, viendo que su perseguidor estaba absorto examinándolo, sin perder tiempo, corrió hacia él con la rapidez del rayo, lo empujó dentro del tonel y lo hizo rodar montaña abajo, sin dar al príncipe tiempo siquiera de reaccionar. Después echó a correr, y los guardias del príncipe, que habían contemplado con gran pesar la crueldad con que el príncipe quería tratar a la hermosa Fineta, no intentaron detenerla; además, este imprevisto suceso los llenó de tal terror, que no pensaron en otra cosa sino en salvar a Rich-Cotel, apresurándose a frenar la carrera desbocada del tonel; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: rodó hasta el pie mismo de la montaña, y al príncipe lo sacaron de allí todo desgarrado.

Este desdichado acontecimiento sumió en la desesperación al rey Multo el Manso y al príncipe Belleauvoir; en cuanto a los súbditos de su reino, casi se alegraron, pues odiaban a Rich-Cotel e incluso se maravillaban de cómo el príncipe menor, poseedor de sentimientos tan nobles y generosos, pudiera amar a su indigno hermano; pero tal era el carácter de Belleauvoir, que estaba profundamente apegado a sus hermanos de sangre, y Rich-Cotel, por su parte, siempre supo mostrarle amistad con tanta habilidad, que el buen Belleauvoir jamás se habría perdonado no corresponderle con la más tierna afectación. La desgracia ocurrida a su hermano conmovió profundamente al joven príncipe, y empleó todos los medios posibles para acelerar su curación: sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos, nada pudo aliviar las enfermedades mortales de Rich-Cotel; al contrario, sus heridas se volvían hora tras hora más peligrosas y le hacían sufrir tormentos horribles.

Fineta, habiendo escapado felizmente de un gran peligro, alcanzó dichosa su torre. Sus hermanas se alegraron enormemente al verla; pero nuevas desventuras

aguardaban a la princesa: Nonchalante y Babillarde dieron a luz dos hijos varones, y este suceso sumió a Fineta en gran confusión; sin embargo, no perdió la firmeza. El deseo de ocultar la vergüenza de sus hermanas la llevó a decidir exponerse una vez más a un gran peligro. Para lograr mejor su propósito, Fineta ideó un recurso que solo la prudencia podía inspirarle: se disfrazó con ropas masculinas, colocó a los niños de sus hermanas en cajitas, en las cuales practicó dos pequeñas aberturas justo encima de sus bocas para que pudieran respirar, luego montó a caballo y, llevando consigo esas cajitas y algunas otras más, partió hacia la capital del rey Multo el Manso.

Al llegar a esta ciudad, Fineta supo que el príncipe, derramando oro a manos llenas por medicinas destinadas a curar las heridas de Rich-Cotel, había atraído a la corte charlatanes de toda Europa: entre ellos había multitud de vagabundos que, careciendo de méritos y talentos, se hacían pasar por los hombres más sabios, diciendo haber adquirido conocimientos para curar toda clase de enfermedades.

Estos vagabundos, cuya única ciencia consistía en un descarado engaño, gozaban siempre de gran confianza entre el pueblo. Gente de esta clase nunca vive en su patria, y contando que vienen de tierras lejanas, logran que el pueblo sencillo les crea aún más.

La ingeniosa princesa, enterada detalladamente de todo esto, se hizo llamar Sanatio; declaró que el caballero Sanatio poseía medicinas maravillosas para curar las heridas más peligrosas. Belleauvoir, al saberlo, invitó inmediatamente a su presencia al supuesto caballero. Fineta acude, representando hábilmente el papel de médico; empleó en la conversación cinco o seis palabras latinas, y además su porte libre y noble confirmaba sus conocimientos. A la princesa le agradó mucho la hermosa apariencia y las maneras agradables de Belleauvoir. Después de conversar con él algún tiempo sobre los medios para ayudar a Rich-Cotel, dijo que traería una botella con agua curativa, y añadió, además, que había dejado dos cajitas con ungüento, que sería muy útil para las heridas del príncipe.

El falso médico salió y no volvió, mientras tanto su regreso era esperado con gran impaciencia. Finalmente, ya estaban a punto de enviar a buscarlo, cuando de pronto oyeron en la habitación de Rich-Cotel un llanto que parecía provenir de un niño pequeñísimo. Todos los presentes se maravillaron extraordinariamente, pues no podía haber niños en la habitación, pero pronto comprendieron que el llanto procedía de las cajitas del médico.

Era el llanto de los hijos de las hermanas de Fineta. La princesa, antes de partir hacia el palacio, los había alimentado; pero como había pasado ya bastante tiempo, volvieron a tener hambre. Al abrir las cajitas, para asombro extremo de todos,

encontraron en ellas dos preciosos infants. Rich-Cotel comprendió inmediatamente que aquello era una artimaña de Fineta; tal burla lo llenó de furia violenta, por lo cual el dolor se intensificó hasta tal punto, que todos esperaban de hora en hora su muerte.

Beliavuar se entregó a una pena excesiva, mientras Rich-Cotel, siendo hasta el último instante de su vida pérfido, no pensó en su fin más que en la venganza, y por ello resolvió aprovecharse de la ardiente virtud del príncipe.

«Siempre me has amado, querido hermano», le dijo, «siento cuánto te aflige mi cercano fin; pero el límite del destino es inescrutable: debo morir; si mi memoria es preciosa para ti, cumple la última súplica de un hermano moribundo».

Beliavuar, viéndolo en tan terrible estado y temiendo aumentar sus sufrimientos, no quiso negarle nada. Juró solemnemente cumplir su deseo. Tan pronto como Rich-Cotel obtuvo la promesa deseada, abrazando a su hermano contra su pecho, dijo: «Ahora moriré tranquilo; tú vengarás mi muerte. Mi súplica consiste, querido hermano, en que después de mi muerte pidas en matrimonio a Fineta; estoy seguro de que sin dificultad obtendrás el consentimiento del rey, su padre; tan pronto como os coloquen en el lecho nupcial, en ese mismo instante clávale un puñal en el pecho». Al oír estas palabras, Beliavuar se estremeció de horror y interiormente se arrepintió de la insensatez de sus juramentos; pero como ya no era posible cambiar lo dicho, no mencionó ni una palabra a su hermano, quien pocos minutos después exhaló su último aliento. El rey Mult el Manso se conmovió profundamente por su muerte; en cuanto a los súbditos, en lugar de lamentar a Rich-Cotel, se alegraron de que su muerte hubiera legado la sucesión del trono a Beliavuar, a quien todos amaban y veneraban.

Fineta, habiendo regresado felizmente junto a sus hermanas, pronto supo de la muerte de Rich-Cotel, y poco después todas las princesas fueron informadas de la llegada del rey, su padre. Apenas llegado, el rey fue inmediatamente a la torre donde estaban sus hijas y, tras abrazarlas, ordenó traer los husos de cristal. Nonchalante tomó el huso de Fineta, se lo mostró al rey, luego, inclinándose respetuosamente ante él, lo devolvió a su sitio; Babillarde hizo lo mismo, y finalmente Fineta; pero el rey, siendo algo suspicaz, quiso ver los tres husos juntos; y como solo el huso de Fineta había permanecido intacto, el rey se enfureció tanto contra sus hijas mayores que en ese mismo instante las envió junto a la hechicera, su amiga, quien había inventado aquellos husos, rogándole que las retuviera consigo de por vida y las castigara severamente por su crimen.

Deseando cumplir exactamente la petición del rey, la hechicera las llevó a una galería de su castillo encantado y les ordenó dibujar allí imágenes de mujeres famosas, celebradas por sus virtudes y laboriosidad. Mediante la acción

maravillosa de su don mágico, todas las figuras que ellas representaban cobraban movimiento y permanecían activas desde la mañana hasta la noche. Por todas partes se veían trofeos e inscripciones en honor de estas grandes mujeres. Tal castigo para las princesas fue muy cruel, especialmente cuando comparaban su antiguo triunfo con la despreciable situación en que las había sumido su desdichada imprudencia. Pero lo que más las afligió fueron las palabras de la hechicera, quien dijo con gran solemnidad: «Si vosotras también os hubierais comportado tan bien como estas mujeres cuyas imágenes veis ante vosotros, no habríais caído en tan funesto error; la ociosidad es madre de los vicios, fuente de todas vuestras desgracias, y para que en adelante no os expongáis a similares calamidades y expiéis los pecados pasados, os daré una tarea». En efecto, la hechicera obligó a las princesas a dedicarse al trabajo más vil; las enviaba a sus jardines a arrancar guisantes y arrancar malas hierbas. Nonchalante, incapaz de soportar un modo de vida tan distinto de sus inclinaciones naturales, murió de tristeza y agotamiento, mientras que Babillarde, quien algún tiempo después encontró medio de escapar ночью del castillo de la hechicera, en la oscuridad se golpeó la cabeza contra un árbol y murió a causa de esa herida en brazos de unos campesinos.

Fineta, por la bondad de su alma, sintió profundamente el destino de sus hermanas y, para mayor dolor suyo, supo que el príncipe Beliavuar había pedido su mano al rey, quien había consentido sin siquiera informar previamente a la propia Fineta, porque en aquel tiempo apenas se tenía en cuenta la mutua inclinación. Ante esta noticia, Fineta tembló, no sin razón, temiendo que el odio de Rich-Cotel pudiera haber pasado fácilmente al corazón de su hermano; estaba convencida de que el príncipe quería casarse con ella precisamente para ofrecerla en sacrificio a la memoria de Rich-Cotel. Preocupada por esto, Fineta pidió consejo a la sabia hechicera, quien la estimaba tanto como despreciaba a Nonchalante y Babillarde.

La hechicera no quiso revelar nada a Fineta; solo dijo: «¡Princesa! Sois prudente y cautelosa; hasta ahora habéis tomado medidas tan justas para vuestra seguridad, que no me queda nada que deciros, salvo que la desconfianza es madre de la seguridad; continuad sintiendo como hasta ahora todo el valor de esta regla y seréis feliz sin necesidad de mi arte». Fineta, sin obtener ninguna otra noticia fiable de la hechicera, regresó al palacio en la mayor confusión.

Pocos días después, la princesa fue comprometida con Beliavuar, cuyo rostro fue representado por un embajador enviado por su soberano con tal propuesta. Después de ello, fue llevada en un magnífico carruaje hacia su alto prometido. En las dos primeras ciudades fronterizas del reino de Mult el Manso, Fineta fue recibida de la manera más solemne, y en la tercera la esperaba el propio Beliavuar,

a quien el rey, su padre, había ordenado acompañar a la princesa hasta la capital. Todos se maravillaron extraordinariamente al observar cierta tristeza reflejada en el rostro del buen Beliavuar, precisamente en un momento en que se acercaba una unión tan ardientemente deseada por todos; incluso el propio rey le reprendió y, a pesar de su obstinación, envió alguien al encuentro de la princesa.

Al ver a Fineta, Beliavuar quedó impresionado por sus encantos; comenzó a hablar con ella, pero con tal turbación que los cortesanos presentes de ambas cortes, sabiendo cuán amable e inteligente era el príncipe, concluyeron inmediatamente que el amor le había privado de su presencia de ánimo. Al entrar en la capital, por todas partes resonaban gritos de alegría, retumbaba la música y toda la ciudad estaba iluminada. La boda se celebró, y después se dio un magnífico baile.

Fineta, sin olvidar el consejo de la hechicera y guiándose por sus palabras, persuadió a una de las damas de honor para que llevara a la alcoba paja, una vejiga de buey, sangre y entrañas de algunos animales procedentes de la cocina. Ella misma, hallando un pretexto para ausentarse brevemente, entró en la alcoba e hizo con la paja un muñeco, en cuyo interior colocó las entrañas y la vejiga llena de sangre; luego vistió este muñeco con un camisón femenino nocturno. Preparada la muñeca, Fineta volvió junto a los invitados. Poco después condujeron a los recién casados a la alcoba. Cuando la dama de honor que los acompañaba hubo sacado las velas, Fineta arrojó el muñeco de paja sobre la cama y ella misma se escondió en un rincón de la habitación.

El príncipe Beliavuar, suspirando muy fuerte tres o cuatro veces, tomó su espada y la clavó en el corazón de la supuesta Fineta. Inmediatamente sintió que la sangre fluía a raudales y que su esposa de paja yacía inmóvil. «¿Qué he hecho?», exclamó Beliavuar; «por cumplir un juramento insensato, he arrebatado la vida a la más hermosa y querida de las princesas; cautivado desde el primer instante por su belleza, no tuve fuerza para despreciar un juramento cuya ejecución constituye el mayor de los crímenes; ¿puede acaso castigarse a una mujer por ser virtuosa? Así pues, ¡oh Rich-Cotel!, he satisfecho tu injusta venganza, pero debo vengar también a Fineta con mi propia muerte. Sí, hermosa y desdichada princesa, esta misma espada...» «¡Deteneos!», gritó Fineta al oír que el príncipe, en su desesperación, había dejado caer la espada y la buscaba a tientas en la oscuridad. «¡Deteneos, príncipe, estoy viva! Conociendo la bondad de vuestro corazón, estaba segura de que os arrepentiríais, por lo cual decidí, mediante una inocente astucia, impedir que cometierais un asesinato». Después de esto, Fineta relató a Beliavuar cómo, por precaución, había fabricado el muñeco de paja. El príncipe, al saber que Fineta vivía, experimentó un júbilo extraordinario; admiró su prudencia en todos los casos semejantes y le estuvo profundamente agradecido por haberle impedido cometer

un crimen cuyo solo pensamiento le llenaba de horror, sin comprender cómo antes no había podido percibir la nulidad de sus juramentos, arrancados con astucia.

Si Fineta hubiera despreciado la regla de que la desconfianza es madre de la seguridad, ciertamente habría sido asesinada. Su muerte habría sido causa de la muerte de Belavoir. ¡Alabanza a la prudencia y a la presencia de ánimo! Ellas preservaron a dos esposos dignísimos de la desgracia y les prepararon un destino mejor. Belavoir y Fineta se amaron apasionadamente hasta la muerte, y su larga vida transcurrió en tal felicidad y gloria, que resulta difícil describirlo.

He aquí, condesa, la maravillosa historia de Fineta; confieso que he tardado bastante en narrarla; pero cuando se cuentan cuentos, significa que no hay nada mejor que hacer. Lo mismo me ocurrió a mí. Al escribir esta historia para pasar el tiempo, aunque la he extendido algo, como su contenido es bastante divertido, estoy seguro de que no cansará al lector ni a la lectora. Por lo demás, bellísima condesa, muy fácilmente podría abreviarse; os aseguro que en pocas palabras relataré las aventuras de Fineta, aunque no del mismo modo en que me las contaban cuando yo era aún niño; entonces la narración duraba una buena hora.

No dudo que esta hermosa novela merezca vuestra aprobación, pero no sé si os es conocido lo que dice la tradición acerca de su antigüedad. Esta nos asegura que los trovadores o los narradores provenzales de novelas inventaron la historia de Fineta mucho antes de que Abelardo y el famoso conde Teobaldo de Champaña comenzaran a componer romances. Los cuentos de este género encierran una buena moralidad. Ciertamente notaréis esto, y será muy justo, que las niñeras, nodrizas y gouvernantes harían bien en contarlos a los niños, para infundirles amor a la virtud. No sé si, cuando vos erais aún niña, os contaban la historia de Fineta; pero en cuanto a mí:

Moraleja.

De mi madre, ¡que Dios tenga en su reino celestial!,  
la historia de Fineta escuché ya muchas veces;  
ella me repetía —casi cada hora—  
que la astucia, la adulación, el engaño, la perfidia  
no quedan jamás sin castigo;  
que tarde o temprano, por la malvada maquinación,  
al culpable, al autor, le alcanzará terrible venganza.  
Y de ello todo el mundo ve aquí un ejemplo evidente:  
la deshonestidad, la pereza, la negligencia,  
fueron causa de todas las desgracias de las dos hermanas.

Aunque su delito fue involuntario,  
ellas olvidaron su deber.  
Y he aquí mi opinión:  
no discuto que el error  
pueda a veces ser excusado;  
¡pero la credulidad y la impaciencia  
no deben perdonarse a las doncellas!  
Pues la verdadera virtud  
siempre será recompensada por el Creador.  
Él es testigo de las almas inocentes,  
Él es su compañero, Él es su padre.  
¿Acaso Fineta,  
despreciando los consejos del villano  
y gracias a su propia perspicacia,  
no demostró que Dios fue su auxiliador?